

Quito, a 12 de agosto de 1938

Al Sr. Dr. D.

Remigio Romero León

Cuenca.

Papacito:

No sé cómo retarden tanto en llegar mis cartas a Ud.; pues las escribo y despacho con toda oportunidad, poniéndolas yo mismo en el correo. Supongo que no se habrán confundido en las famosas oficinas que nos sirven.

Al día siguiente de creado el cargo de Procurador General de la Nación, me encontré con el Dr. Cordova Toral, en un baile que da la madre de la Reina de Quito, Ira Dolores Aguirre de León. Entonces, el Dr. Cordova me contó lo siguiente: Que, creado el referido cargo, el Gabinete entero fue consultado por el Presidente acerca de quien era el llamado a desempeñar la Procuraduría; que todos los Ministros vacilaban por ser un hombre; y que, en vista de ello, el Dr. Ayora se dirigió al Ministro de Instrucción, diciéndole: -Ud., que es de la tierra de los abogados, veas el candidato. En ese momento, alguno de los Ministros protestó después: el Dr. Adolfo Torres, sin saber que el pobre ya descansaba largo en paz. Como la pregunta estaba sin respuesta, el Dr. Cordova dijo: El único que puede desempeñar dicho cargo con lucimiento es el Dr. Romero León. Inmediatamente y con todo entusiasmo apoyó el Dr. Víctor Lafont la candidatura de Ud. Al Presidente le satisfizo maravillosamente su nombre, como me lo aseguró el Dr. Cordova... «Para concluir - son palabras textuales del Dr. Daniel - repa Ud., Remigio, que su papa y el Dr. Manuel Yamamillo (aquí yo quien sea este) son los dos únicos entre quienes se concretará el nombramiento. El sueldo es bueno: \$1.500 mensuales.»

La puede imaginar Ud. el justago que he tenido con

Sal noticia. Discretamente, me acerqué esa misma noche del baile al Dr. Ayora, y le hallé finisimo conmigo. Me habló de la Constitución y del viaje - hoy realizado - a Salinas. Aunque - como era del caso, nada hice traslucir de lo que me contó el Dr. Cordova - por el "estado" del Dr. Ayora deduje que todo era favorable a su candidatura. Con el mayor de los sins, entonces, me dirigí al Sr. Pallares Arleta que, con el Presidente y yo, formaba el grupo aparte, y le dije, con toda naturalidad: - Papá, en su última carta, me encomienda muchos recuerdos para Ud., D. Leonidas. El Presidente cayó en el lazo: - Ah! cómo está su papá...? Cuando viene?... - A guel ¡ah! era lo que yo necesitaba saber en qui tono se dijo. Y lo supe, ya lo creo.

Cuanto al Dr. Jaramillo, creo que será candidato de Moreno. Los Ministros Costeros, siendo Eguero, Sáenz y Sáenz nada, parece que permanecerán pasivos. Mas de flexar ellos al Candidato de Moreno, todavía tiene Ud. exactamente la mitad a su favor. Ayora, Vitor, Cordova por Ud.; Moreno, Eguero, Sáenz por Jaramillo. Bien entendido, como digo, que los costeros pueden inclinarse o no del lado de Moreno.

Ud. verá si yo debo tomar cartas en esto y de qué modo; o si he de permanecer quieto. Hasta ahora, estoy en discreta, discretísima actitud, pues cualquiera falta de tino pudiera malograr esto, que Ud. no he pedido, pero que acaso es don gratuito de Dios.

Su carta - que me anuncia - al Presidente ha llegado después, como colijo, de que él fué a Salinas. Pocos días más, y él estará de vuelta. Por lo demás, creo que, sin la presencia de Ayora en Quito, no se acordará nombramiento ninguno. Al respecto, su carta será leída... y entonces, entonces puede que obre el buen Dios, para reunimos en Quito por el menor porfichado de los caminos... del lo quiera.

Como es natural, estoy enteraquidísimo por todo esto... Seré?
 No será...? Y un gran desgaste nervioso me tiene casi enfermo. Si
 las voces de los hombres resonaran en los sepulcros de los justos,
 ya estaría en tres sepulcros: Mamá, hermanos, que esto se haga.
 Rezando a Dios...

Espero y confío... Mientras tanto, instruyame
 en algo que hacer... Y recuento a su fin.

Les
 Remigio.